

“Edificaré mi iglesia”

Paul Rogers

Herodes edificaba baños, torres, y hermosos edificios. Pero Jesús decía: “edificaré mi iglesia” (Mateo 16.18).

He visto por todo Palestina las estructuras que Herodes construyó. La mayoría de ellas están hechas un desastre, dan pena; están en ruinas y en proceso de deterioro. Un pedazo de muro se puede ver en un lugar, y fragmentos de edificios, en otro. Los edificios que Herodes construyó han sido destruidos, principalmente, por el viento, el agua, la intemperie y las guerras. Pero Jesús edificó la iglesia, y ésta todavía vive.

Jesús dijo: “edificaré mi iglesia”. Esta iglesia es la única cosa en la que puedo pensar, a la cual Jesús podría mirar y decir con algún sentido real: “Mi”. No podría decir “Mi esposa”. No podría decir “Mis hijos”. Jamás supo lo que era tener un bebé para tenerlo en los brazos y decir: “Mi hijo”. Ni siquiera podía decir: “Mi casa”. Las zorras tenían guaridas y los pájaros nidos, pero el Hijo del Hombre no tenía un hogar propio y en el cual pudiera recostar su cabeza. Pero podía decir: “Mi iglesia”.

Si es su iglesia, ella debe llevar su nombre, y el Nuevo Testamento retrata a la iglesia, llevando su nombre: “Os saludan todas las iglesias de Cristo” (Romanos 16.16). Debemos llamarnos cristianos, pues “a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía” (Hechos 11.26). ¿Qué hay más razonable que la iglesia, a la cual Jesús llamó “su iglesia” sea llamada con su nombre?

La siguiente palabra de Jesús, dentro de la declaración que estamos estudiando, la palabra “iglesia”, es igualmente tan maravillosa como las que le preceden. □ “Edificaré mi iglesia”. La palabra del griego de la cual se traduce “iglesia” (*ekklesia*), significaba simplemente “pueblo llamado a salir”. Los griegos usaban esta palabra para referirse a una reunión política. Cuando la gente era llamada a salir de sus hogares a venir a los foros para una reunión, ellos llamaban a esto la *ekklesia*, los llamados a salir. Jesús dijo que eso es lo que la

iglesia sería.

La iglesia jamás ha sido un lugar; siempre ha sido un pueblo. La iglesia jamás ha sido un corral; siempre ha sido un rebaño. La iglesia jamás ha sido el lugar en el que usted ora; siempre ha sido el pueblo que ora. “Edificaré mi iglesia”.

¿Ha notado usted que Jesús usó la palabra “iglesia” en forma singular? En el Nuevo Testamento, a la iglesia siempre se le refiere como a una: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia...” (Efesios 5.25); “Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia...” (Colosenses 1.18); “Un cuerpo...” (Efesios 4.4); “... la iglesia, la cual es su cuerpo...” (Efesios 1.22-23; énfasis nuestro).

La palabra “iglesia” aparece 113 veces en la Biblia. Noventa y nueve de esas veces es referida simplemente como “la iglesia”. Esa es la abrumadora manera como a la iglesia se le refería en el mundo. “Edificaré mi iglesia”.

Esto fue lo que Jesús dijo: “Y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16.18). En el mundo antiguo, las puertas eran el lugar donde se concentraba la fortaleza. Las puertas las hacían de hierro y piedra sólida. Ciertas puertas eran enormes cuñas de piedra. Los ejércitos acampaban junto a las puertas. Jesús dijo que toda la fortaleza del Hades no podría prevalecer contra la iglesia.

La palabra “Hades” es una palabra del griego para referirse al mundo de lo invisible. Equivale a la palabra hebrea *Seol*, y se ha llegado a referir al mundo al cual vamos cuando morimos. Jesús dijo que ni siquiera el mundo de lo invisible podrá prevalecer en contra de la iglesia. Son muchas las cosas que nos pueden causar temor, pero yo diría que lo que más nos causa temor es lo invisible, antes que lo visible.

Lo que hace que la muerte nos cause tanto temor es que jamás la hemos visto como realmente es. Pero Jesús dijo que la fortaleza combinada del Hades no será capaz de vencer a la iglesia. Él

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. Las Escrituras son tomadas de La Santa Biblia, Antigua Versión de Casiodoro de Reina (1569) revisada por Cipriano de Valera (1602), revisión de 1960, © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina. LA VERDAD PARA HOY © 1999 por TRUTH FOR TODAY, 2209 South Benton, Searcy, AR 72143 EE.UU. LA VERDAD PARA HOY Tomo 2, N° 9 y Tomo 2, N° 10, tienen un reimpresión por B.S. Dean (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1912). Incluido con el permiso del editor.

murió un viernes por la tarde, y parecía como si el Hades había prevalecido. Jesús mismo estuvo tres días en el mundo del Hades, pero él salió de allí un domingo por la mañana. “Edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”.

La iglesia fue construida sobre un fundamento firme. La iglesia fue comprada con un altísimo precio, la sangre de Cristo. La iglesia está destinada para estar en una mejor tierra, el cielo.

Considere tres verdades acerca de la iglesia: su gloria, su meta, y su ganancia.

LA GLORIA DE LA IGLESIA

En primer lugar considere la gloria de la iglesia del Señor. Esto es lo que se declara en Efesios 3: “... a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos” (Efesios 3.21). La gloria de la iglesia se ve en el hecho que *la única cosa que va a permanecer es la iglesia*. Cuando todo lo que usted puede ver haya pasado —todos los puentes, los monumentos, los edificios, las estructuras— la iglesia todavía existirá.

La gloria de la iglesia se ve en el hecho que *ella es la única cosa que Jesús dejó tras él cuando murió*. He leído acerca de una iglesia en Wittenburg, Alemania, la cual alegaba que tenía las siguientes cosas de Jesús guardadas en un escondite: un pedazo de los lienzos en los que Jesús fue envuelto, trece pedazos de su cuna, un pedazo de paja sobre el cual recostó su cabeza, uno de los regalos de oro que le trajeron los magos, un mechón de la barba de Jesús, uno de los clavos que le horadaron sus manos, y un pedazo del pan que se comió en la última cena de Jesús. Todo esto es insensato y totalmente improbable. La única cosa de la cual podemos estar seguros, que Jesús dejó cuando salió de este mundo, es la iglesia. La única cosa por la cual él va a regresar es la iglesia.

La gloria de la iglesia se puede ver *en lo que se ha logrado a través de los años*. ¿Por qué será que en el mundo occidental tenemos estas libertades, las cuales atesoramos tanto? Es en gran parte el resultado de la influencia de la iglesia. ¿Cómo fue que llegamos a tener todas estas instituciones de beneficencia? Las primeras personas en la historia del mundo, que alguna vez construyeron un edificio para ayudar a los enfermos, fueron las que iban a las iglesias, personas con mentalidad de iglesia. ¿Cómo fue que llegamos a tener todas estas instituciones educacionales? Fue debido a la iglesia. Casi todas las primeras escuelas que hubo en los Estados Unidos fueron construidas por iglesias: Harvard, Darmouth, Yale. Todas las

grandes escuelas de los Estados Unidos comenzaron por causa de la iglesia. Considere la gloria.

LA META DE LA IGLESIA

Ahora considere la meta de la iglesia del Señor. La meta se expresa en Efesios 1.10: “... de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos,...”. Esto es lo que leemos en Efesios 4.4: “... un cuerpo”. Ese cuerpo es la iglesia. La gran meta de la iglesia es que todas las personas se unan en Cristo. Éste oró en Juan 17.21, “para que todos sean uno,... para que el mundo crea...”. Lo trágico es que el mundo no cree y nosotros no hemos sido “uno”.

En los Estados Unidos existen no menos de 240 denominaciones. Todas predicán diferentes doctrinas y van en diferentes direcciones.

Un músico inglés produjo un álbum, por medio de sintonizar doce estaciones de radio al mismo tiempo, con diferentes volúmenes, y por medio de tocar la música de todas las doce estaciones, al mismo tiempo. Cualquiera que sea el producto que obtuvo, ese fue el álbum. Eso es lo que estamos produciendo en el mundo religioso, hoy día, con tantas voces en conflicto y tantas doctrinas opuestas, y el mundo simplemente aparta su oído. La meta de la iglesia es que todos los hombres puedan ser unidos en Cristo.

LA GANANCIA DE LA IGLESIA

Finalmente, considere la ganancia de la iglesia. En 1 Corintios 15.24 dice: “Luego el fin, cuando [Cristo] entregue el reino al Dios y Padre...”. ¿Cuál habrá de ser la gran ganancia de la iglesia? Que será entregada a Dios. En Efesios 5, Paul dijo que será presentada como una iglesia gloriosa. La esposa de Cristo será llevada a casa, a la casa del Padre, y ella es la iglesia.

El mundo entero va a ser quemado. No conozco de ninguna tragedia natural que hayamos tenido en décadas, la cual se pueda comparar con lo que sucedió en el Parque Nacional Yellowstone, en el verano de 1989. El Parque Nacional Yellowstone no será el mismo, mientras dure el resto de nuestras vidas, o las vidas de nuestros hijos. Fueron dos terceras partes del área forestal del parque las que se quemaron. Por lo menos 1.5 millones de acres de la más hermosa tierra del mundo que fueron consumidos por el fuego. Se podía ver el humo desde Chicago hasta Los Ángeles, cuando el fuego estaba ardiendo. Esto nos recuerda de lo triste que es cuando el mundo arde y a qué se asemejará cuando , como Pedro lo dijo, el día del Señor

venga y la tierra y las obras que en ella hay sean quemadas. Todo este mundo estará ardiendo, pero la iglesia será levantada. La Biblia dice que estaremos por siempre con el Señor.

CONCLUSIÓN

¡Cuán gloriosa es la idea de estar en la iglesia que Jesús edificó! El llamado que Alexander y Tomás Campbell hicieron en los años 1800 no es diferente al llamado que nosotros hacemos: que volvamos a la iglesia primitiva, apostólica. Debemos restaurar la adoración de la iglesia del primer siglo a la realidad más cercana posible; debemos tener congregaciones organizadas de la misma forma como se organizaron las mismas cuando estaban bajo los apóstoles, y debemos ser cristianos y cristianos solamente.

Cuando Alexander Campbell vino a los Estados Unidos siendo un joven de veintiún años, él vino de Filadelfia, atravesando el campo hasta Washington, Pennsylvania. Sólo había estado allí unos pocos días, cuando conoció a una hermosa chica llamada Hannah Atcheson. Hannah también procedía de Irlanda. Ella chispeaba y era aguda. El biógrafo dijo que ella era pelirroja, de ojos chispeantes, y mejillas rosadas. El joven Alexander, el cual quería ser un predicador, se sintió atraído a aquella chica. El biógrafo contó cómo los dos fueron a una actividad de desgranar maíz y todos los vecinos estaban allí. Ellos desgranaron el maíz, y luego se entretuvieron con algunos juegos y comidas. Era una noche de canto y de alegría. Alexander Campbell se sentó al lado de la joven Hannah Atcheson. Conforme la relación creció, Hannah quiso que él fuera abogado. Ella era

religiosa, pero no mucho. Era ambiciosa, y le dijo a Alexander: "Tú debes ser un hombre de estado, un abogado. Hasta podrías ser presidente de los Estados Unidos". La gente vaticinó grandes cosas para él. Ella y su familia habían hecho arreglos para que un abogado de Pittsburgh, hablara con Alexander Campbell, acerca de tomar una escuela y pagarle bien, y dejarle estudiar para que fuera abogado.

Pero el momento inevitable llegó cuando el joven Alexander llevó a Hannah a casa en el coche una noche, y ellos hablaron un poco acerca de su futuro. Esto fue lo que él le dijo a ella: "Simplemente no puedo hacer otra cosa más que la que me he propuesto. Quiero ser predicador. Y quiero pasarme mi vida pidiéndole a la gente que simplemente regresemos a la Biblia".

Es probable que no hubiera cincuenta personas en los Estados Unidos, en aquel momento, que les interesara aquello. Hannah, aquella pelirroja irlandesa, algo frustrada por haber declinado Alexander toda esperanza de ser lo que ella creía que era un gran hombre, y por haber rechazado éste, la posibilidad de ir a Pittsburgh y de ser entrenado en leyes, dijo: "Alejandro, eres un necio". Y luego añadió: "Un necio de Dios".¹

Si hemos de ser necios, seamos tal clase de necios, un necio de Dios. Si las cosas que decimos suenan necias, entonces recordemos que Dios escogió lo necio de este mundo para confundir a lo sabio (1 Corintios 1.20-31). ■

¹ Louis Cochran, *The Fool of God (El necio de Dios)* (Cincinnati, Ohio: New Life Books, 1958), 115.